

M. Ángeles Díaz Barbado

Hasta que vea la tierra

14 de enero a 25 de marzo de 2022

Hasta que vea la tierra

Francisco Jarauta

Para la tradición clásico-romántica alemana el viaje se había constituido en el método por excelencia del aprendizaje y la escritura. Esta se inventa o se ensaya como relato de una experiencia entendida como descubrimiento o resonancia del tiempo de las cosas y de los hombres en la especial deriva a la que están sometidos los acontecimientos. No importa si este descubrimiento de lo otro acarrea el desconcierto o la emoción, la extrañeza o el entusiasmo. Es el viaje el que hace posible la experiencia y su formación, su *Bildung*.

Pero es importante señalar un cambio de actitudes entre los viajeros del Clasicismo y los Románticos. Los primeros eligen el viaje al Sur, al Mundo clásico, a Italia. Winckelmann, dedicado a ordenar las colecciones antiguas de Villa Albani, o Goethe asomado a la ventana del Corso romano, tal como aparece en el dibujo de Tischbein, pueden ser registros de esta pasión y aquel desconcierto. Los viajeros románticos eligen otro viaje. Es un viaje hacia la Naturaleza que se abre como horizonte infinito a la mirada de los nuevos viajeros. Parten de una nueva *Naturphilosophie* que los filósofos de Tübingen y Jena piensan en la transición del siglo. Es el contexto en el que Novalis, Kleist y el mismo Hölderlin, piensan. Frente a la armonía y equilibrio clásicos que Winckelmann defendiera en sus *Gedanken*, aparece ahora un mundo de sombras que recorren por igual el mundo natural como el de los sentimientos, ese mundo interior que las artes interpretan, música y poesía, literatura y pintura. Y lo que al principio parecía ser una fuga del orden clásico, se impone como el momento en el que nace una nueva modernidad. Cuando Caspar David Friedrich en 1818 pinta *Der Wanderer über dem Nebelmeer*, 'El paseante sobre el mar de nubes', ya expresa esa nueva *Sehnsucht* que orienta no sólo el sentimiento sino la mirada de un arte que construye su visión que repiensa el lugar del hombre en el mundo.

Atenta siempre a esa época y orientando su trabajo en diálogo con momentos principales de la tradición romántica, M. Ángeles Díaz Barbado, se cita ahora con una de las obras más sublimes de ese tiempo, como es el *Winterreise* de Franz Schubert, ciclo de Lieder sobre poemas de Wilhelm Müller. Sin duda se encuentra ante un momento decisivo. Schubert los escribe en los meses anteriores a su muerte, ocurrida en Wien en 1828 con sólo treinta y un años. La emoción, perplejidad de quienes escucharon por primera vez estos Lieder anunciaba la perfección absoluta de quien en su breve vida había sido el autor de composiciones memorables. Ahora, ante las puertas de su final su música desafiaba el tiempo citando al silencio a formar parte de

esa música. El recuerdo del *Adagio del Streichquintett*, su tiempo lento premoniza ya esta música final. Se trata de un silencio que se identifica con el silencio de la Naturaleza, interpretándolo.

Es así como partiendo del cuarto Lied, *Erstarrung*, 'Congelamiento', se componen estas silenciosas

Variaciones sobre un tema único, los helechos del bosque. Aquí todo coincide, el bosque como metáfora privilegiada del mundo natural, el silencio que recorre el espacio de la noche y la sombra, el aparecer misterioso de los helechos plateados que tapizan la tierra, ellos los guardianes silenciosos de la *Erde*, de la tierra, como escribiera Kleist. Y todo compuesto desde otro silencio, el de la escritura. M. Ángeles Díaz Barbado vuelve a darnos una lección de su poética radical. Sobre el papel negro el dibujo suspendido en blancos y platas que acentúan el tono del invierno. Ella, tan próxima siempre a Thomas Bernhard, comparte con él el sentimiento de su *Frost*, 'Helada', aquel tiempo que abraza el mundo en su silencio y espera. Una forma de amor a la Tierra protegida ahora por los helechos guardianes.